

JUAN ANTONIO
MASOLIVER RÓDENAS

EN EL JARDÍN
DEL POEMA

BARCELONA 2024



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2024 by Juan Antonio Masoliver Ródenas
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Casa blancas de Capri* (1882), de Henrique Pousão

ISBN: 978-84-19958-32-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 18 960-2024

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
LIBERDÚPLEX *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Sònia,
mi àngel de la guardia,
dulce companyia.*

Yo no he nacido en España
ni en Aragón ni en Reixach,
sino en un pueblo
que llamamos El Masnou,
y donde juegan al fútbol
las monjas
en la calle Fontanills,
los niños tienen bigote,
el reverendo Pujadas
camina con su incensario
y en mi casa celebramos
con higos chumbos y cardos
la primera comunión
de mi madre, que es,
nos dice
riendo como un conejo,
la última o la penúltima.
Este año celebramos
San Pedro, San Antonio,
san Jacinto Ros, que vive
en la calle Pere Grau,
y una santa que trabaja
en el bar de los escotes.
Y amo tanto a mi pueblo
que cojo un tren que me lleve
de Ocata a Ocata.
Bebo una horchata
en casa de Pilar Híjar,
se la pago con un beso

en la mejilla y regreso
a mi terraza a admirar
el pueblo donde he nacido
y donde estáis invitados
todos los que sois
de cualquier lugar del mundo
que no sean Barcelona,
ni España ni Reixach,
donde pasea una bruja
con escoba y delantal.
Y aunque seamos españoles
yo sólo soy del Masnou.

Mi madre no me puede amar
porque está muerta.
Salgo al jardín que ella
—hija de hortelanos—
cultivaba como si fuese frutos.
Busco las huellas de sus zapatillas,
la sombra de sus manos
en las caléndulas,
el eco de su voz en sus canciones.
Arranco un albaricoque
del albaricoquero
y extendiendo mi mano
que es una oferta
a la que fue
y ha dejado de ser.
Yo sí que puedo amar
y amo un vacío
lleno de recuerdos
como sombras
que me acogen dulcemente,
como es dulce
todo lo que dejó de existir
y que es parte de nuestra vida,
lo que existió
y será existencia para siempre.
La ausencia del amor está en mí
como las flores del jardín,
fruto en el corazón, brisa
de luz, lejanía
que acaricio y me acaricia.

Abandonado en una carretera sin fin,
sin pueblos, sin casas,
sin pájaros en el cielo
ni sombras en la tierra.
Oigo las voces del silencio
y a ellas me acojo para siempre.

En la terraza
miro las infinitas ventanas
de las casas de enfrente
por si hay alguna mujer desnuda.
No me importa la edad.
Me basta con que sea mujer
y aprecie las miradas obscenas
de quien no va a dar o a recibir
nada más, lujuria de la mente,
deseo como la cuerda del funámbulo
que se rompe y lo arroja al vacío.
No, tanta teta y tanta nalga
no son mi tema poético
sino que soy yo que de pequeño
vio desde la ventana
orinar a una niña. Y ambos
miramos el chorro
deslizarse por la acera
de la casa de las paredes curvas.
Pero lo que ahora recuerdo
no es el orín. Veo a una muchacha
con las faldas levantadas
que al verme mirarla
se desnuda y se aleja corriendo,
exhibiendo entre risas
unas nalgas, un pubis y
unas tetas, agraciadas hermanas.
Quisiera ser e. e. cummings,
que viene y nos dice:

«Con un sueño en mis ojos
esta noche», y allí, en la noche
«te mostraré lugares
que nadie conoce,
y si tú quieres
las perfectas regiones del sueño»
que luego escribiré como escribí
aquel cuerpo desnudo
en la acera de mi casa.

No es la poesía
escrita en el papel
lo que me atrae
sino el papel,
como un espejo
que me acompaña
y me reconoce.
Tendales de papel
al sol
que una muchacha
descolgará
descubriendo sus nalgas
mientras mira
las hojas en blanco,
palabras silenciosas
donde ella lee
palabras de amor
o de ruptura,
lágrimas de papel
que afligen o consuelan.

Entraba en los bares
totalmente desnudo
porque al Llanero Solitario
ahora le llamaban
el Pito Solitario.
Él lloraba su desventura,
los compañeros
le acercaban la cerveza
o el anís, o el orujo,
o la cazalla, o el calvados
y decían: «A tu salud,
camarada»,
y el hombre sollozaba
hasta que alguna mujer
—él las prefería rubias—
lo tomaba con delicadeza
o se arrodillaba
para acercarlo
no sé si a las tetas
o al corazón.
La mesera lloraba y reía
todo al mismo tiempo
y el Pito Solitario
apuraba su cerveza
y abandonaba el bar.
Los más perversos
decían que se iba
a la búsqueda de prostitutas,
a calmar su soledad.

Los más solidarios
decían que iba a su casa
a llorar delante del retrato
de una muchacha morena
que tenía los ojos cerrados
y a la que él pedía compasión.

Desquiciado,
huyo de los consejos
de Sònia,
tan sensatos,
de los de Sole,
así se llama,
tan insensatos,
de los de mi lejana madre
(«Cuidado al cruzar la carretera»).

Busco un tiempo que no existe,
un lugar que no existe,
busco no existir,
regreso a todo lo que he olvidado
o jamás ocurrió,
huyo del crucifijo
de la madre Rita, que me dice:
«Hijo mío, no peques».

Finalmente encuentro reposo
en lo que jamás diré
y que está oculto aquí,
en este poema.

Por este cielo lleno de gaviotas
paseaba yo
cuando era capaz de imaginar
mi malvivida vida
y llenarla de aves y de pétalos.
En esta casa
de puertas y ventanas abiertas,
de un lecho con la melena rubia
de quien llevo en el corazón,
quise morir yo. Despertarme
en la luz
de la lluvia londinense.
A este cementerio
llevé a mis padres
y ahora voy
para ver si me encuentro.
Dejo mi ropa en el pozo
donde cayó Ventejo.
Dejo las palabras
en el pozal
y aúllo que venga a rescatarme
mi madre,
que está en el espejo
pintándose los labios.
Regreso al cielo
donde nunca viví.
Y en esta soledad
vuelvo a encontrarme.

He leído en la prensa
que Manuel Hernández,
más conocido como Manolo
el de las cien virtudes,
cumple hoy,
4 de octubre de 2022,
sesenta años
dormido en un sillón
porque, dice
una de sus cien hermanas,
y todas de la misma madre,
que duerme ahíto
por todo el agua que ha tomado
celebrando que tiene
la misma edad que su padre
a su edad. Pero no es cierto.
Está sobrio y, apenas aparece
Isa con un cigarrillo en los labios,
apagado porque no fuma,
se levanta sonriendo
y empiezan a bailar
un baile que no cesará
hasta que leamos en la prensa
que el 4 de octubre de 2023
cumple sesenta y un años
al compás de la música
que no cesa.

Vi tanto amor
aquella noche
que todavía ahora,
a plena luz del día,
vivo en la oscuridad.